

BAJO LA CREMALLERA

El cristal trasluce su marcha. Paso a paso se aleja entre las torres inertes. Tras el vidrio, la mirada de Cova sigue clamando deseos de amor encarcelados en eternos desprecios y viejas ausencias. Un río de lágrimas corre por sus mejillas y extiende sus manos queriendo asir, al otro lado, su figura y su ánimo.

Una vez más la tarde comienza a cubrir de cenizas la desnudez del día y el último viento vespertino le roba el gesto escrito entre sus dedos. Un vacío de voluptuosidad llena su vida.

Aun así se niega a rendir su voluntad a la evidencia; y, como caído del cielo, un rayo de luz enciende el espacio inundándolo de vivos colores. Ha llegado la hora de desabrochar el desánimo y el miedo que quebró su sentir durante tantos años; de atar de manos la tristeza que apretaba su garganta y revestir de verde oro su cuerpo estremecido, despojándolo de innumerables silencios y amargas memorias. El aire refleja su verdadero rostro; por primera vez se ve ajena a la negación de su persona y comienza a dibujar un nuevo mundo sobre su piel almada.

Cova se mira y se admira en el cristal que refleja el rumor de la blancura de su pelo entre sus dedos; y sonrío; si, sonrío y aprieta fuertemente la maleta del pasado cerrando así su cremallera para siempre.

Al despertar la mañana, en las paredes de las calles se lee: “ahora soy autora de mis días”.